

À l'écoute d'Hanna Segal. Sa  
contribution à la psychanalyse.  
Jean-Michel Quinodoz  
París, Presses Universitaires de  
France, 2008.

(Publicado simultáneamente en inglés con el  
título "Listening to Hanna Segal. Her contribution  
to psicoanálisis", por Routledge,  
Londres y Nueva York)

### Reseña de Carlos Rodríguez Sutil

Quinodoz, sobresaliente psicoanalista suizo al que ya conocíamos por un magnífico recorrido comentado por las principales obras de Freud, en la misma editorial (*Lire Freud*, PUF, 2004), ha realizado aquí una excelente exposición biográfica de la obra de Hanna Segal, ilustrada con numerosas entrevistas a la autora, en francés, y con psicoanalistas de relieve, muchos de ellos formados con la propia Segal o en la escuela de Melanie Klein. Asimismo se incluyen abundantes reseñas sobre grandes personajes del psicoanálisis del siglo pasado.

Nacida en 1918 en Loetz, Polonia. Le tocó vivir en su juventud tiempos borrascosos y de peregrinaje, en torno a la segunda Guerra Mundial. Con 18 años, residiendo la familia en Ginebra, intentó escaparse de casa para acudir en ayuda de la II República Española. La guerra civil española tenía una gran importancia en el plano simbólico y real, para la izquierda europea, y señaló el comienzo de la Guerra Mundial. Termina su formación médica en Edimburgo, a comienzos de los años cuarenta. Allí Fairbairn le habla de Anna Freud y de Melanie Klein, con quien se analizará a partir de 1943, y le da una carta de recomendación para Winnicott. Con 29 años se convierte en la persona más joven miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis.

Su incorporación a la Sociedad Psicoanalítica tiene lugar en el momento de mayor efervescencia en el debate teórico entre las diferentes orientaciones: kleinianos, annafreudianos y el grupo intermedio. Sus primeros contactos en Londres fueron a través de Winnicott (después miembro del grupo intermedio), a quien guarda agradecimiento por su acogida pero no le está especialmente reconocida en el ámbito de la clínica. Las razones de esta actitud crítica nos aportarán de paso algunas claves de en qué medida se aparta nuestro enfoque relacional actual de la escuela kleiniana. Esta escuela, comenta Segal, se apoya en un encuadre estricto para que la transferencia se despliegue en toda su amplitud. El psicoanalista debe dedicarse exclusivamente al trabajo interpretativo renunciando a toda actitud de aseguramiento; el aseguramiento del paciente surgirá sin mayores alardes de la actitud del analista, de su estabilidad y de su capacidad para aliviar la angustia mediante las interpretaciones. Para Balint y Winnicott, el odio y el sadismo son consecuencia del sentimiento de frustración; para los kleinianos, en cambio, el objeto es percibido desde el nacimiento y desde el comienzo existe un conflicto entre pulsión de vida y pulsión de muerte. Por otra parte, para Balint y Winnicott el narcisismo es una fase normal del desarrollo y a penas lo interpretan, mientras que para los kleinianos el narcisismo se entiende a partir de la destructividad y la envidia, resultado de un conjunto de pulsiones y defensas que deben ser interpretadas en el aquí y ahora de la relación transferencial.

Sus primeros trabajos psicoanalíticos estuvieron centrados en la experiencia estética, y son reseñados en el capítulo segundo. Formula la hipótesis de que la elaboración de la posición depresiva desempeña un papel determinante en el proceso de simbolización que está en el origen de la inspiración creadora. Los psicóticos y los artistas comparten el sentimiento de poseer un mundo interno destruido y necesitan la creación de un mundo nuevo, pero la expresión artística permite reparar los objetos sin perder contacto con la realidad. En la entrevista, Segal confiesa que siempre ha tomado la sesión analítica como una experiencia estética, dado que se enfrenta con el mismo problema, es decir, el de alcanzar cosas terribles y lograr contenerlas y sublimarlas hasta llegar a la reparación. No cree que el psicoanálisis llegue a convertirse en una ciencia como las otras ciencias al uso, simplificadora y objetivadora. Marcel Proust ha mostrado que el artista se ve obligado a crear para recuperar su pasado perdido. No se trata simplemente de recordar el pasado de una manera intelectual, sino de reencontrar todo el vigor emocional vinculado con el recuerdo. Proust lo consigue al azar de sensaciones y asociaciones fortuitas que llevan a su espíritu un fragmento olvidado de su infancia. La escritura es una situación de duelo en la que los objetos externos – muertos o moribundos – son progresivamente abandonados y restablecidos en el Yo y recreados en el libro. El objeto una vez asimilado se convierte en un símbolo en el Yo, por lo tanto, la formación de símbolos es el resultado de una pérdida. Si la realidad psíquica es vivida como algo diferente de la realidad externa, el símbolo también se diferencia del objeto, es sentido como una creación propia y usado libremente. Si el artista reconoce la depresión y el duelo, debe también reconocer la pulsión de muerte en sus aspectos agresivos y autodestructivos, y aceptar la fealdad, expresión de la pulsión de muerte, mientras que la belleza expresa la pulsión de vida.

En un libro de 1991 (*Sueño, Arte, Fantasma*) Segal muestra su acuerdo con Freud al afirmar que en el arte se expresa satisfacción de deseos, pero no es la mera satisfacción de un deseo libidinal o agresivo, sino de la *elaboración (perlaboration, working-through)* de un problema de cierta manera. La realización del deseo estaría en la omnipotencia. Aclara: *La naturaleza del conflicto psíquico y el modo en que el artista intenta resolverlo en su Yo inconsciente pueden aportar una clarificación sobre la forma significativa*. Sin por ello disociar el contenido de la forma. Y respecto a fealdad y belleza, precisa, comentando el *Gernika* de Picasso, que sólo se puede apreciar la belleza si se ha tomado en cuenta el lado oscuro de la vida, aunque sea inconscientemente.

Desde muy temprano se interesó por el tratamiento psicoanalítico de pacientes psicóticos – adelantándose un tanto a Herbert Rosenfeld - sobre todo en relación con el uso de los símbolos como recoge el capítulo tercero. De ahí surge su teoría sobre la *ecuación simbólica* que será tratada en extenso en el siguiente capítulo. Pero aquí se muestran sus orígenes. En un artículo del 50 habla de Edward, esquizofrénico incapaz de distinguir entre el símbolo y la cosa simbolizada. Cuando hablaba de su miedo a ser castrado, la palabra “castrado” equivalía totalmente a una castración física. El símbolo, comenta, implica una relación tripartita: el sujeto, el objeto y el símbolo. Los símbolos no existen por sí mismos, como pensaba Jung, lo que permitiría un diccionario de significados fijos. Sin embargo, pienso que Segal está en un error cuando dice que el símbolo necesita una persona. Es un error intrapsíquico, de mente aislada, que supone no que los símbolos existan por sí mismos sino que los símbolos, como los objetos de la teoría kleiniana, son innatos. Los símbolos, afirmo, son sociales antes de ser individuales, y son transmitidos al sujeto por su entorno, y requieren al sujeto, a los objetos y a la comunidad lingüística y simbolizante. Esta crítica por mi parte, no obstante, creo que no destruye el paso de la ecuación simbólica al simbolismo pleno, bien descrito por esta autora. Sigue informando de que sus puntos de vista se vieron enriquecidos por

las aportaciones de Bion, por ejemplo, cuando ella había hablado de "identificación proyectiva excesiva" y que él matizó cambiando lo cuantitativo en cualitativo. El psicótico no maneja una identificación proyectiva más potente que el neurótico sino diferente. Para describir el funcionamiento psicótico, Bion introdujo el concepto de "*objetos bizarros*" refiriéndose a un fragmento del objeto con un fragmento del *self* proyectado, cargado de hostilidad. Dicho sea de paso, este proceso guarda un gran parecido con la constitución de las estructuras endopsíquicas que postulara Fairbairn un par de décadas antes y se diferencian en el movimiento hacia fuera (objeto bizarro) o hacia dentro (objeto interno).

Al tratar al paciente psicótico surge de nuevo la dicotomía de "¿tranquilizar al paciente o interpretar la transferencia negativa?". Segal maneja sólidos argumentos teóricos en contra del reaseguramiento o actitud de tranquilizar al paciente. Opina que esto lleva a que el analista se presente como un objeto idealizado, con el riesgo de reforzar la escisión entre el objeto bueno y el malo y, simultáneamente, desviar la agresividad inicialmente destinada al analista hacia otras personas, impidiendo así que se pueda analizar. La interpretación de la transferencia negativa se ha evidenciado como un instrumento fundamental, no solo en el análisis de pacientes esquizofrénicos sino también de neuróticos pues es un medio para evitar la reacción terapéutica negativa. Sin embargo, temo que a veces las justificaciones teóricas pueden ahogar el sentido común, quizá no de los maestros que posiblemente no cometen errores groseros, pero sí de los discípulos temerosos de equivocarse. El intento por tranquilizar a un paciente en un estado de extrema angustia, hecho desde la integridad y la empatía, puede servir para evitar la retraumatización; posiblemente el sujeto ya fue tratado anteriormente con frialdad y distanciamiento. Sospecho que el aseguramiento no impide señalar los aspectos negativos de la transferencia y, posiblemente no hay riesgo de una idealización excesiva ni de una mayor escisión entre el objeto bueno y el objeto malo pues no hace falta que nos esforcemos para que el paciente aprecie en nosotros incompreensión y maldad. Como ya se ha dicho muchas veces de otros analistas destacados, seguramente Hanna Segal ha atendido toda su vida a los pacientes con calidez y empatía, pero es importante que esto se recoja en los textos y tenga un adecuado desarrollo teórico y técnico.

Freud había abordado el pensamiento del esquizofrénico allá por 1915 y había advertido que estos pacientes tratan las representaciones de palabra como si fueran representaciones de cosa. Así ocurría con un paciente de Tausk, horrorizado ante el "agujero" de su calcetín, porque un agujero era para él el equivalente del sexo femenino. La angustia de castración en pacientes esquizofrénicos, no reprimidas como en los neuróticos, no pueden eliminarse simplemente interpretándolas como tales, si no se interpreta el fantasma subyacente totalmente inconsciente. En el paciente de Segal, Edward, este fantasma consistía en su identificación con su madre encinta y, a la par, con el bebé por nacer. Ese fantasma provocaba la angustia por dejar de ser un hombre. El esquizofrénico a menudo tolera en su Yo fantasmas que serían reprimidos por el neurótico pero, por otra parte, reprimen las conexiones entre diversos fantasmas y entre estos y la realidad. Edward producía fantasmas conscientes de que era envenenado, sobrealimentado o privado de alimentación, pero reprimía la relación de estos fantasmas con su madre en el pasado y con Segal en el momento presente. El único inconveniente que le veo a esta explicación dinámica de los mecanismos esquizofrénicos, que por otra parte son ejemplo de un profundo conocimiento clínico, es la utilización del término "represión" (*repression, refoulement*) para referirse a este mecanismo de fragmentación y aislamiento. En el curso de una evolución positiva, los esquizofrénicos alcanzan la posición depresiva, pero normalmente la encuentran intolerable y se libran de sus angustias depresivas proyectándolas sobre el analista y volviendo alas angustias

persecutorias.

En un libro publicado en 1975 sobre el tratamiento de esquizofrénicos Segal sugería que las relaciones de objeto y el Superyó se ponen en funcionamiento durante el primer año de vida, también la capacidad de simbolizar, pensar y hablar. En la psicosis esas funciones son alteradas o destruidas, produciendo una confusión entre el interior y el exterior y la fragmentación del Yo y de las relaciones de objeto. Las interpretaciones corrientes, édipicas, pueden ser vividas como una agresión sexual y empeorar el estado del paciente. Lo que se debe analizar es el lenguaje del esquizofrénico, su simbolización concreta, la confusión con el objeto y la forma peculiar de la transferencia. Es importante, de nuevo, un encuadre psicoanalítico firme, con una regularidad en los horarios, uniforme en la disposición de los lugares y un sentimiento de seguridad física si el paciente se pone violento, aunque no aclara cómo puede lograrse tal seguridad. Con todo, lo más importante, dice, es que el analista sea un elemento constante que no cambie en su rol. Alguna de estas afirmaciones, sin embargo, chocan con mi propia experiencia del trabajo con esquizofrénicos; los horarios, por ejemplo, son algo a menudo imposible de cumplir de manera estricta por la mayoría de estos paciente, lo que lleva muchas veces a tener que buscar salidas imaginativas para poder recibirles a deshora o atenderles unos minutos, precisamente para que el terapeuta se mantenga en su rol.

Pasamos ahora al capítulo que trata de la *ecuación simbólica* – el cuarto - y que ocupa, para mi gusto, un lugar central tanto en el libro como en el pensamiento de Hanna Segal. El concepto surge con la publicación en 1957 de su artículo titulado *Nota sobre la formación del símbolo*. Quinodoz aclara acertadamente, al comienzo del capítulo, que la problemática del simbolismo no puede separarse de lo ya dicho sobre el pensamiento del esquizofrénico y sobre la creación artística. En 1917 Jones había publicado un artículo en el que distinguía entre la metáfora, que es consciente y los auténticos símbolos, inconscientes. Jones opinaba que el simbolismo surge del conflicto intrapsíquico y que está ligado a la represión. Sólo puede ser simbolizado aquello que necesita ser reprimido porque, añade, no ha podido ser sublimado. Observaba la simbolización desde una perspectiva patológica, contrariamente a la tendencia actual. Segal recuerda un artículo de Klein, de 1930, en el que describía el tratamiento de un paciente llamado Dick, niño autista que no jugaba, no hablaba ni se relacionaba. La incapacidad para simbolizar es la que impide el desarrollo del Yo, cuando la angustia es excesiva. Segal, por su parte, trae el ejemplo de dos pacientes para los que el hecho de tocar el violín era una simbolización de la masturbación, pero mientras que en el primero eso le paralizaba y le impedía por completo tocar el violín, en los sueños del segundo, tocar el violín era una sublimación satisfactoria de sus deseos eróticos. La diferencia entre uno y otro no es que en el primero la relación sea consciente e inconsciente en el segundo, sino que en el primero hay una equivalencia total, el violín es el órgano genital, mientras que para el otro no es más que una *representación*.

Recordemos el simbolismo como una relación de tres términos, por lo que la formación de símbolos debe ser entendida en el contexto de la relación del Yo con sus objetos. La formación de ecuaciones simbólicas en el esquizofrénico está ligada a su falta de diferenciación entre el yo y el objeto en los comienzos del desarrollo infantil. En la identificación proyectiva el sujeto proyecta en su fantasía partes de sí mismo sobre el objeto, igualmente los objetos internos son proyectados al exterior e identificados con partes del mundo exterior que pasan a representarlos. Pero estos símbolos no son sentidos como sustitutos, son muy diferentes de los auténticos símbolos que se forman después, por eso propone el término de *ecuación simbólica*. Esta es la base del pensamiento esquizofrénico.

Cuando el objeto es sentido como total se logra una diferenciación más clara entre sujeto y objeto y el símbolo se toma como una auténtica representación del objeto. El símbolo, por lo demás, es necesario para desplazar la agresividad del objeto original para disminuir la culpabilidad y el temor a la pérdida. Como añadirá años más tarde (1991, *Sueño, Arte, Fantasma*): un símbolo es como un precipitado del duelo por el objeto. El símbolo favorece la sublimación y la plenitud del Yo. Toda obra de arte encarna elementos simbólicos que la dotan de un "impacto" inmediato, un efecto concreto sobre nuestra experiencia. Se trata de elementos primitivos pero integrados gracias a la posición depresiva. Los símbolos no sólo están implicados en la comunicación con el exterior sino también en la comunicación interna. Con esto se señala una realidad a la que me he referido, siguiendo a varios autores, como "diálogo interno". Pero aprovecho para insistir en una idea un tanto ajena al pensamiento kleiniano, en la medida en que estos símbolos de los que el sujeto se apropia no son una creación ex-nihilo sino que vienen del exterior, y son co-creados utilizando, eso sí, como ha sido bien señalado por Klein, Segal y su escuela, el cuerpo como teatro de las simbolizaciones primitivas. El capítulo termina con una muy interesante conversación entre Quinodoz y Jorge Canestri – quien a su vez se remite a un trabajo de Riccardo Steiner (2007)<sup>i</sup> - donde se demarcan las diferencias entre la argumentación de Segal sobre el símbolo y el panlogismo de Lacan. Segal había dicho en una entrevista anterior que el inconsciente no está estructurado como un lenguaje sino que, más bien, es al revés, el lenguaje está estructurado como el inconsciente. Existen muchas cosas que funcionan al nivel pre-verbal, existe el cuerpo, lo afectivo, lo iconográfico, anteriores al logos.

Donde no habrá una oposición importante respecto a Lacan es en la aceptación de la pulsión de muerte. Segal sigue a pies juntillas este postulado freudiano, como hiciera su maestra Klein. En su trabajo de 1986 sobre la utilidad clínica de la pulsión de muerte cita la novela *Martin Eden*, de Jack London, en la que el protagonista a punto de morir suicidado se dice "*¡Todo dolor viene de la vida!*". Cuando la realidad es mala, la destructividad es la manifestación de la pulsión de muerte; se manifiesta, por ejemplo, a través de la envidia porque es el mismo seno materno el que desencadena la envidia, es odiado y atacado por ser fuente de vida. Segal establece una relación entre el narcisismo y la pulsión de muerte que Klein no había observado. El narcisismo, afirma, es la otra cara de la medalla: ¡o soy yo mismo la fuente de vida, o bien la vida no existe! Si estás en la posición narcisista primaria, eres envidiado, porque estás en la indiferenciación entre el yo y el objeto. Podemos considerar que nacemos en un narcisismo absoluto, primario, y el encuentro posterior con el objeto desencadenaría la envidia, que sería secundaria respecto al narcisismo. Sin embargo, Segal prefiere partir de que lo primario son las pulsiones de vida y de muerte y que el narcisismo es una defensa contra la envidia hacia el objeto. Se desearía destruir al objeto para no envidiarlo más. Para Freud el organismo se defiende de la pulsión de muerte desviándola en forma de agresividad. Para Segal, en cambio, la destructividad hacia los objetos externos no procede exclusivamente de la desviación de la autodestructividad, sino que el deseo de destrucción está dirigido al mismo tiempo sobre el sí mismo que percibe y sobre el objeto percibido, aunque a veces no se les pueda distinguir con facilidad.

Segal, como bien se expone en el capítulo sexto, es muy conocida también como difusora y expositora del pensamiento kleiniano, desde su importante libro de 1964, *Introducción a la Obra de Melanie Klein*, editado hace ya mucho también en castellano. Durante su análisis con Melanie Klein tuvo el presentimiento de que ella siempre había sabido que existía algo antes de la posición depresiva, aunque no lograra por aquel entonces articular sus ideas, a principios de los años cuarenta. Incluso habla de cierto

conflicto de Klein con Rosenfeld porque éste quería escribir un artículo sobre los mecanismos esquizoides y su maestra – y analista – le ordenó: “*¡Detente. El artículo que estás escribiendo es mío!*” En los años sucesivos se produjeron importantes innovaciones técnicas, centrándose más en la relación. Ya no se trataba de analizar simplemente un sueño en relación con el pasado y con la situación presente del paciente, sino también desde el significado que tenía su depositación en el psiquismo del analista en este momento del proceso. Por otra parte, Segal opina que Freud tenía un punto de vista más bien paranoide, lo que se manifestaba en la forma de entender la resolución del complejo de Edipo, principalmente bajo la amenaza de la castración y un poco por el temor de perder al objeto. Hoy día, sugiere, tenemos la idea de que no existe una resolución definitiva del Edipo sino que se trata ante todo de tener capacidad para soportar la experiencia de la angustia edípica, aceptando nuestras propias necesidades y conflictos, y seguir trabajando. Tras la introducción de la posición esquizo-paranoide la técnica se ha ocupado más de mecanismos como la escisión, la proyección y la introyección y de angustias persecutorias y de fragmentación. Se puede afirmar, no obstante, que la técnica kleiniana consiste en la aplicación estricta de la técnica clásica freudiana, centrada en la interpretación aunque se trate de pacientes prepsicóticos, psicóticos o psicopáticos, lo único que cambia es el tipo de interpretación. La única modificación técnica aceptada es cierta participación del analista en el juego infantil, pero aún esa participación estará limitada a lo necesario para que la expresión del niño sea completa.

En el artículo de 1948 sobre el fantasma inconsciente – que desempeñó un papel tan destacado en los debates Klein- Anna Freud - , Susan Isaacs lo definía como el correlato mental de las pulsiones o, dicho de otra manera, como el equivalente psíquico de las pulsiones. Al deseo de amor y de alimento, en el bebé, le corresponde el fantasma de un seno ideal, de amor, vida y alimento. Al deseo de destrucción le corresponde el fantasma de un objeto fragmentado, destruido y atacante. En el psicoanálisis freudiano la fantasmización es una huida de la realidad y una defensa contra la frustración. Segal muestra que el fantasma se requiere como defensa ante situaciones muy variadas de estrés: los fantasmas maníacos son creados para protegerse de la depresión subyacente, la represión puede ser representada mediante la imagen de diques que contienen el agua, los mecanismos de proyección-introyección por fantasmas de expulsión e incorporación. Si queremos que el análisis sea una experiencia viva no debemos interpretar mecanismos al paciente sino los fantasmas contenidos en los mismos. Reviviendo los fantasmas se modifica la estructura de la personalidad. Si la interpretación ha de dirigirse al nivel de la angustia inconsciente más importante, asociada con el fantasma inconsciente, es evidente, según afirma nuestra autora, que en la mayoría de los casos esa interpretación será transferencial, desde el primer momento. No recuerda ningún caso que no necesitara una interpretación transferencial desde el primer momento. Nos queda la duda de cómo se concilia esta interpretación directa con el respecto a la regla de ir de lo más superficial a lo más profundo.

La posición depresiva, a su vez, se inicia cuando el bebé es capaz de reconocer a la madre como un objeto total, frente al objeto escindido, en bueno y malo, de la posición esquizo-paranoide. La ausencia de la madre es sentida a menudo como su muerte. El amor y el odio sentidos hacia el objeto son sentidos también como ambivalencia hacia el objeto interno, y así también el duelo es experimentado en los estados depresivos por el daño realizado tanto al objeto externo como interno. Las angustias depresivas son consideradas por Melanie Klein como parte del proceso normal del desarrollo y que son revividas en cierta medida posteriormente ante toda nueva situación de pérdida. Las angustias depresivas también pueden desencadenar

defensas maníacas para la protección del Yo, como forma de regresión a mecanismos primitivos: escisión, renegación, idealización y proyección. Las defensas maníacas, sin embargo, impiden la elaboración de la posición depresiva y hacen necesarios nuevos ataques hacia el objeto, lo que incrementa la depresión subyacente.

Las experiencias de pérdida y reencuentro permiten que el bebé adquiriera una confianza creciente en la fuerza de su objeto bueno, en su propio amor y en la capacidad propia de reparación y creatividad. Al mismo tiempo disminuye la omnipotencia así como el sentimiento de culpabilidad y el temor a la pérdida. La salud mental consiste básicamente en la elaboración exitosa de la posición depresiva. Un paciente depresivo no se sitúa realmente en la posición depresiva sino que la depresión es también una defensa que se encuentra al nivel de la omnipotencia. Pensamos que hemos matado a nuestros padres y, en consecuencia, llevamos en nuestro interior un progenitor muerto. La depresión y la manía están inextricablemente unidas.

Una vez que toma conciencia de la madre como objeto total, separada y con vida propia y también con otras relaciones, el bebé se ve expuesto a los celos sexuales. Fantasea a los padres procurándose la satisfacción oral que él desea, pero los celos tienen la misma intensidad que Freud atribuía al complejo de Edipo. Los celos pertenecen a la relación triangular, son un afecto relativamente evolucionado que se sustenta en el amor y busca conquistar el amor del objeto y la retirada del rival. La envidia, en cambio, es una emoción que se experimenta en términos de objetos parciales. La envidia interfiere en el funcionamiento de los mecanismos esquizoides, como la escisión entre un objeto ideal y un objeto malo, pues el objeto envidiado, y al que se dirige la hostilidad, es el objeto ideal. Así, la introyección de un objeto ideal que podría constituir el núcleo del Yo es interrumpida en su origen. El descubrimiento de la dinámica de la envidia ha permitido el tratamiento de casos difíciles, como han mostrado también Rosenfeld y Bion.

Los tres siguientes capítulos (7, 8 y 9), sin carecer de interés considero que recogen aspectos menos relevantes de la obra de Hanna Segal. Trata el primero de la relevancia de la interpretación de los sueños para la clínica y la teoría. Los símbolos no le parecen, a diferencia de Freud, elementos invariantes sino que están abiertos a diversas expresiones y transformaciones. Segal se ha interesado desde finales de los años cincuenta de un asunto poco tratado en psicoanálisis, el análisis de personas con edad avanzada (véase el capítulo 8). El padre del psicoanálisis desaconsejaba comenzar una cura analítica con pacientes de más de 50 años. Actualmente, responde Hanna Segal, los 70 años no se considera una edad tan avanzada como antes y cada vez son más frecuentes los análisis de personas mayores. Evidentemente hay diferencias. La gran diferencia está en que el miedo a la muerte es más agudo, así como el temor a la dependencia. El capítulo 9 se hace eco de la gran labor docente que ha llevado a cabo durante más de medio siglo, con numerosos seminarios en Europa y en el continente americano. En esos seminarios ha insistido, entre otras cosas, en la importancia de analizar la transferencia negativa. Igualmente muestra su oposición a la práctica relacional del "autodesvelamiento" ante el paciente. Opina que es un *acting-in* que incrementa la omnipotencia del paciente. La verdad es que se trata de un comentario muy breve dentro de una entrevista (p. 146), pero me gustaría saber por qué reducir la imagen de omnipotencia del terapeuta, mostrarse como una persona humana que siente y padece, debe arrastrar como corolario el aumento de la omnipotencia en el paciente. Nuestros padres son vividos como omnipotentes sólo durante nuestra tierna infancia.

El último capítulo de la obra – que lleva por número el 10 - vuelve a parecerme de gran atractivo. Es todo él un ejemplo práctico de que el psicoanálisis no debe limitarse a

un mero trabajo de gabinete, por mucho que la atención de los pacientes individuales posea un valor encomiable. El psicoanalista está obligado también a ser testigo de su tiempo y, siguiendo el ejemplo de Segal, a denunciar, explicar y prevenir las guerras. Tomemos como ilustración el título de un artículo publicado en 1985, *El Silencio es el Auténtico Crimen*. Lo que observamos en la clínica al nivel del funcionamiento psíquico de un individuo puede aplicarse al funcionamiento de los grupos. Sin embargo, los grupos tienen tenencia a comportarse de una manera que sería insensata para el individuo normal. Por ejemplo, la mayoría de los grupos tienen una visión grandiosa y paranoide de sí mismo, dispuestos a darse a un desencadenamiento de agresividad destructiva que normalmente no se permitiría un individuo aislado.

El psicoanálisis nos permite comprender por qué la teoría de la disuasión puede llevarnos a la destrucción total, pues implica el deseo de hacernos siempre más fuertes que el adversario con objeto de atemorizarle e impedirle que nos agrede. ¿Pero cuál es la reacción de un enemigo atemorizado? Nadie puede predecirla lo que, en otras palabras, muestra el riesgo de inestabilidad a que nos conduce la disuasión. Se reniega la realidad del peligro y nuestro propio miedo; al mismo tiempo se produce un conocimiento intelectual de la realidad pero restándole su significado emocional. Por el riesgo atómico, ante el peligro de una destrucción total se elimina la posibilidad de la supervivencia simbólica, en otras palabras, hasta ese momento cuando la persona moría tenía la convicción de que iba a sobrevivir simbólicamente a través de sus hijos y nietos, así como de su trabajo y la civilización. Ahora nos hallamos en el umbral de que toda supervivencia simbólica sea imposible. La aceptación de la muerte es necesaria para que nuestra vida tenga un sentido.

Tras la caída del telón de acero la situación geopolítica se ha complicado sobremanera. No puedo por menos que estar de acuerdo con Segal en que existen en la actualidad dos estados golfos que son los Estados Unidos e Inglaterra, que amenazan la paz mundial con una dictadura sanguinaria, a la que nada está prohibido, que se autoconcede el derecho a utilizar las armas nucleares a título preventivo.

Finalmente, me gustaría terminar con un párrafo de Hanna Segal tomado de una de las últimas entrevistas del libro, en el que expresa de la forma más abstracta su percepción del ser humano hoy en día:

La pulsión de muerte está por todas partes. Lo invade todo hoy en día. Porque pienso que, cuando los dioses quieren atacar a los hombres comienzan por atacar su espíritu. Tenemos una civilización anti-espíritu. Y eso se ve en las perversiones sexuales. Incluso el acto normal está pervertido, no forma parte de la pulsión de vida que lleva a una pareja a formarse, a crear una familia. Todas las distorsiones ahora son posibles. Y todo eso constituye un ataque contra el espíritu y contra las relaciones humanas. (p. 161).

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Rodríguez Sutil, C. (2010). Reseña de la obra de J.M. Quinodoz "A l'écoute de Hanna Segal". *Clínica e Investigación Relacional*, 4 (1): 243-250. [ISSN 1988-2939]

---

<sup>i</sup> Ricardo Steiner (2007). Does the Pierce's semiotic model based on index, icon, symbol have anything to do with psychoanalysis? En Giovanna Ambrosio, Simona Argentieri, Jorge Canestri (eds.). *Language, Symbolization, and Psychosis*. London: Karnac. Steiner se pregunta si existe un estado intermedio entre la ecuación simbólica y la simbolización en sentido estricto y responde afirmativamente. Hay dos formas intermedias, como son: a) el índice: la relación entre el símbolo y lo simbolizado es necesaria y está basada en una 'contigüidad' natural, como en el caso del fuego y el humo; y el icón: existe gran similitud entre el símbolo y lo simbolizado, aunque la conexión no tiene porqué ser necesaria ni material (♀).